

**Carmen Fallas. *Élite, negocios y política en Costa Rica, 1849-1859.*
Alajuela: Museo histórico Juan Santamaría, 2004, 171 pp.**

El Museo Histórico Juan Santamaría, el Centro de Investigaciones Históricas de América Central (CIHAC), de la Universidad de Costa Rica y el Ministerio de Cultura Juventud y Deportes unieron sus esfuerzos para publicar en formato de libro, la interesante investigación de Carmen María Fallas *Élite, negocios y Política en Costa Rica 1889-1859*, sobre la década en que Juan Rafael Mora Porras gobernó Costa Rica.

En esta obra, que oficialmente vio la luz el 4 de diciembre de 2004 en el Museo Juan Santamaría, la autora asume el reto de presentar, sin su aureola de héroe, al Juanito Mora en el poder y a la vez, de caracterizar el importante papel que la élite cafetalera costarricense jugó en la centralización y fortalecimiento estatal.

El libro que hoy disfrutamos, es la tesis que la autora presentó en 1988 para obtener el doctorado en el Departamento de Historia de la Universidad de California. Su título original era: "*Business and Politics in Costa Rica, 1849-1949: Consensus and Conflict Withing the coffee Planter and Merchant Elite during the Mora Years*".

El uso exhaustivo de fuentes historiográficas de reconocida validez, como son las obras de Carlos Meléndez, Rafael Obregón, Samuel Stone y muchos más, le permitieron recrear paso a paso, el desarrollo de la administración de Mora Porras y las fortalezas y miserias de este personaje político nacional y de otros miembros del poder. A su vez, delinea de manera amena y bien fundamentada, los estrechos nexos que se

desarrollaron entre las familias que integraban la élite cafetalera, especialmente en el plano social y económico y cómo, poco a poco y por medio de su participación directa en el plano político, promueven el desarrollo de la infraestructura estatal costarricense. Carmen Fallas con su investigación revalora trabajos ya existentes sobre la historia política nacional y les da una nueva perspectiva. Sus análisis sobre estos estudios le permitieron ahondar en aspectos, que en otros momentos habrían parecido triviales para un historiador y que en su libro se convierten en eje central de discusión, como es el caso de la conformación social de la élite cafetalera.

Con base en fuentes primarias de gran valor, documenta procesos económicos claves en el desarrollo de la vida estatal y de las élites de la Costa Rica de mediados del siglo XIX. Por medio de numerosas citas de estos documentos, se nos permite recrear esa intrincada madeja de negocios públicos y privados, en los que muchas veces se confundieron los límites estatales y privados. Lástima que estas y aquellas tomadas de fuentes secundarias aparecen al final del libro, porque su búsqueda distrae la lectura.

Los análisis que la autora hace de protocolos, presupuestos nacionales, juicios, comentarios de algunos periódicos, etc., aclaran el panorama, para concluir que Juan Rafael Mora, al igual que otros miembros de la élite costarricense, convirtieron al Estado en su agente promotor. El fusilamiento de Mora en 1860, viene entonces a ser el resultado de un sinnúmero de desencuentros entre

don Juanito y algunos miembros del grupo de poder, quienes le reclaman, en parte, el que los excluyera de los beneficios que brinda el Estado, amén de su obsesión por recuperar el poder perdido, lo que le garantizaría además, una inmediata recuperación a sus arcas en crisis.

En fin, el libro que a continuación pasamos a reseñar, se refiere a lo largo de sus seis capítulos a una década cargada de eventos sociales, económicos y políticos, que culminaron con un hecho poco común en la historia nacional, el fusilamiento del “gran defensor de la soberanía de Centroamérica”.

En el primer capítulo: *Elite cafetalera y comerciante a mediados del siglo XIX*, la autora realiza un análisis de la composición de la élite costarricense, durante la década en estudio, lo que “constituye un instrumento valioso para dilucidar por un lado los factores generadores de conflictos que ocasionaron el golpe de estado de 1859 y el fusilamiento de Mora y, por otro explorar el papel que la red familiar desempeñó en la solución de esos enfrentamientos” (Fallas, 2004,12).

Así, aunque de manera parcial, conocemos desde el inicio quien fue Mora, de cual familia descendía y quiénes fueron algunos de sus allegados, no sólo a nivel familiar, sino también en el plano de los negocios. A partir de esto, se describe a varios personajes, importantes cafetaleros, inversores, con reconocida posición social, económica y política, todos muy interesados y ligados a los primeros pasos de formación del estado. Esto llegó a tal grado que, muchas veces confundieron o borrarón “la línea que separaba el manejo de los negocios privados de la élite, especialmente de quienes ocupaban cargos políticos, de la administración de los asuntos públicos” (Fallas, 2004:28). En el capítulo segundo: *Carrera política y económica de Juan Rafael Mora Porras*, se describe el desarrollo económico y político del personaje central del libro. Muestra sus inicios como cafetalero, exportador y socio de Vicente Aguilar. A la vez resalta la astucia política de Mora, quien desde 1846, figura como miembro activo de la política nacional. Primero fue miembro de la Asamblea Constituyente de ese año, luego, los integrantes

de esta asamblea pasaron a ser diputados del Congreso en 1847, al ocupar la jefatura de Estado José María Castro.

Al renunciar el Vicejefe de Estado (José María Alfaro), Juanito Mora asumió este cargo. La inestabilidad política del gobierno de Castro Madriz, permite que Mora demuestre sus habilidades políticas y su fuerza, renunció como Vicejefe de Castro y rápidamente se convirtió en el líder de una élite que quería un hombre fuerte en el poder. Castro es obligado a renunciar y se allanó el camino para la elección de Mora.

Fallas desde este capítulo deja en claro que Juan Rafael Mora al asumir la presidencia enfrentaba serios problemas económicos. “Es probable entonces la existencia de un interés económico detrás de la ambición política de Mora, porque la presidencia implicaba recibir un ingreso estable y la posibilidad de tener acceso a los fondos de tesoro público para afrontar los problemas financieros personales” (Fallas, 2004:37), no obstante, era necesario un hombre fuerte en el poder para consolidar aquel estado que la élite requería.

Mora no tardó en demostrar su carácter. En su gestión, sobresale el fortalecimiento del ejército, en número de efectivos y en su ordenamiento. No debe olvidarse además, que compró gran cantidad de armas, “para el mantenimiento de la estabilidad política recién restablecida” (Fallas, 2004:41), aunque esto fue de gran costo para el Estado. No hay duda entonces, declara la autora, de que el fortalecimiento del poder ejecutivo, fue paralelo a la consolidación del ejército, al igual que en América Latina.

Los grandes gastos estatales, desde un inicio señala Carmen Fallas, fueron solventados gracias a las buenas ganancias provenientes de la reorganización de la fábrica de licores. Este monopolio estatal fue operado por un contratista privado y “durante los seis primeros años de la administración Mora el tesoro público fue solvente” (Fallas,2004:45).

Pero la guerra contra los filibusteros, de forma veloz agotó las existencias del tesoro público y algo más. El triunfo de Juanito Mora frente a Walker tuvo un alto precio. “La Campaña Nacional marcó la ruptura del consenso prevaleciente hasta

entonces dentro de la élite en torno a él y su gestión de gobierno. La mayoría de los principales miembros de la élite habían estado en contra de un ataque ofensivo contra Walker porque consideraban que Costa Rica no tenía recursos suficientes para financiar una guerra en el extranjero" (Fallas, 2004:54), y se dudaba de su capacidad para dirigir tal empresa.

Al finalizar este capítulo se presenta ya claramente a un Juanito Mora, tratando de recuperar las arcas del Estado, que estaban agotadas y a su vez buscando la forma de salvar su propia situación económica, con la venta de dos fincas en Pavas y planteando un polémico juicio a su antiguo socio, Vicente Aguilar.

Los capítulos tercero *Fábrica de licores y Política Estatal* y cuarto *Establecimiento del Banco Nacional Costarricense*, son en mi concepto los más interesantes. Describen en pocas páginas los negocios que desde el Estado se manejaban con el claro fin de "beneficiar" a un sector de la élite. Mora aparece como gestor de varios negocios y concesiones, para el caso específico de la Fábrica de Licores y además, como parte interesada en la venta de alcohol y caña de azúcar a la fábrica. También es de resaltar el hecho de que "el presidente tenía la costumbre de tomar a su antojo dinero prestado de la tesorería de la fábrica de licores" (Fallas, 2004:75), lo cual provoca roces, especialmente después de 1857, debido a la crisis económica estatal.

Por otra parte en el capítulo cuarto, se presenta al presidente Mora promoviendo desde su silla presidencial la creación de un banco estatal, cuyo capital en parte sería un préstamo de 100,000 pesos que había otorgado el gobierno peruano, para la guerra contra Walker. Narra la autora, que la oligarquía desconfiaba ya de Mora, por su tendencia cada vez más marcada a acaparar el poder y a buscar solución a sus problemas económicos dentro del Estado. Por esta razón, no colaboró en la compra de acciones del banco estatal, a pesar de saber lo necesario que era para resolver la escasez de circulante, pues temían un mal uso de los recursos públicos.

En el capítulo quinto, *Ruptura del consenso político*, se parte del juicio que Juanito Mora le plantea a su antiguo socio Vicente Aguilar

para establecer las causas de la gran desconfianza de la que el presidente se hizo acreedor entre la élite. El juicio contra Aguilar se llevó a cabo en 1857. En un primer momento, Aguilar para evitar el juicio le ofrece a Mora una alta suma de dinero (cien mil pesos), como indemnización, pagadera en varias cuotas. La autora explica que, una vez derrocado Mora, Aguilar pidió la anulación de este contrato alegando que se había visto obligado a firmarlo por el gran poder que ejercía Mora en ese momento.

También se revelan datos interesantes sobre la forma en que Mora se adueñó de valiosos terrenos comunales (Pavas y Alajuela), a precios ridículos, por medio de irregularidades en el remate de las propiedades. Esto afectaba directamente a la élite, que vio como se aprovechaba de su poder para recuperarse económicamente. Sin embargo, la gota que derramó la copa, cayó en 1859, cuando Mora pide a los residentes josefinos que pongan al día sus propiedades. Estas eran antiguas propiedades dadas por el Rey de España a los colonos. Pocos propietarios las tenían inscritas, la mayoría las trabajaban por tener derechos adquiridos. Esto al parecer generó un enorme descontento, ya que el decreto obligaba a pagar por el reconocimiento de la propiedad. La mayor parte de los ocupantes sintió aquello como un despojo, ya que el alto valor de los terrenos sembrados de café, hacía imposible para la mayoría, el pago a la municipalidad. Agrega la autora, que muchos de los ocupantes de estas tierras eran milicianos lo que apresuró el golpe de Estado. Además explica, que Vicente Aguilar se habría visto muy afectado con el decreto, y que por ello, su participación en el golpe fue determinante, para "evitar que Mora continuara sus ataques contra la propiedad y los derechos individuales" (Fallas, 2004: 114). Lo cierto es que Mora, afirma Fallas, se paso del límite de tolerancia de la élite, no sólo por sus "necesidades" económicas, sino también, por su ilimitada ambición política.

En el capítulo final, *Golpe militar y fusilamiento de Juan Rafael Mora Porras: principios que rigieron las relaciones de la Élite*, trata sobre la forma en la que Mora es sacado del poder. Interesante el uso exhaustivo que hace de

los datos que Carlos Meléndez aportó en 1968 con su obra *El doctor José María Montealegre. Contribuciones al estudio de un hombre y una época poco conocida de nuestra historia*. Por medio de ellos, nos refresca esa parte de la historia de nuestro país, en la que los militares decidían, de manera rápida quien gobernaba. Detrás de ellos, la élite vivía tranquila, a sabiendas de que el ejército resolvería al final sus conflictos internos. Así, “este aparato militar evitó que los conflictos internos de la élite evolucionaran hacia agudas divisiones que la podrían haber debilitado económica y políticamente, porque la amenaza del uso de la fuerza en la mayoría de los casos fue suficiente para resolver conflictos” (Fallas, 2004: 120).

Después del derrocamiento de Mora, por diez años, los coroneles Máximo Blanco y Lorenzo Salazar, mantuvieron “la estabilidad” necesaria para el progreso estatal, eso evitó la aparición de figuras políticas reconocidas en los complots de la época. Salazar el mismo día del golpe a Juanito Mora, acepta su participación a fin de acabar con esa “administración tiránica”.

La salida de Mora a El Salvador, explica Carmen Fallas, marcó, por las razones que fueran, el paso del poder de una facción de la élite a otra. José María Montealegre asumió la presidencia y Mora lejos de su patria, continuó en su lucha por alcanzar de nuevo el poder. Este conflicto, al parecer fue desgastante para la administración de Montealegre.

Se trató de convencer a Mora, por medio de una generosa pensión y otros pagos, de que desistiera de sus intenciones. Mecanismo “pacífico” de resolución de los conflictos de la élite. Sin embargo, como es bien sabido, la llegada de

Mora a Puntarenas, con poca preparación y en espera de un levantamiento de sus adeptos, que nunca ocurrió, fue lo que marcó su derrota y posterior fusilamiento.

En este capítulo final se analizan profundamente los argumentos que dio la administración de José María Montealegre al público, justificando el fusilamiento de Mora y concluye que: “Los esfuerzos que hizo la administración Montealegre para evitar la aplicación de una solución violenta respecto a Mora ofrecen elementos para entender los principios y normas que rigieron las relaciones de la élite y contribuyeron a mantener el equilibrio entre el consenso y el conflicto especialmente a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX” (Fallas, 2004: 150).

La publicación del libro en diciembre del 2004, coincidió con una difícil situación política para Costa Rica. En ese momento, las graves denuncias de corrupción, tráfico de influencias, recibo de dádivas y especialmente de abuso del poder en beneficio propio, parecían retratadas en cada uno de los renglones del libro de Carmen Fallas. Sin embargo, en la televisión, ella insistió en que no se podían comparar unos hechos con los otros.

Otra época, otros actores, pero el público no pudo dejar de ver como se “repetía” parte de nuestra historia y de relacionar lo descrito por Carmen con esa situación. Es este el valor de trabajos como el que se comenta, que nos recuerda nuevamente lo actual que es la historia, lo joven que parece nuestro Estado y los grandes aciertos y graves errores que nuestros estadistas y grupos de mando han cometido.

Carolina Mora Ch.